

Domingo 18 del Tiempo ordinario Ciclo A (Mt. 14, 13-21) - 02.08.2026

Quién no ha experimentado alguna vez la necesidad de un espacio personal de soledad donde habitar la tristeza ante la pérdida de quienes amamos. O frente a esas situaciones dolorosas que nos conmueven por dentro. Heridas, sufrimientos que necesitan tiempo y silencio para pasarlas por el corazón y darles su lugar. También Jesús conoció esa experiencia. Y la primera comunidad cristiana conservó en su memoria, como una buena noticia de la cercanía solidaria de Jesús a todo lo humano que vivimos, aquellos momentos en los que buscó la complicidad de la noche, la intimidad de sus amigos de Betania o un lugar apartado para llorar la muerte de su primo Juan el Bautista, asesinado por Herodes.

Sin embargo hay algo en Jesús que se constituye en la fuente desde la que vive todo lo demás,- también el dolor- y es la compasión. Por eso, aun atravesando su propio duelo, es capaz de mirar y ver a la multitud que lo espera, sanar a los enfermos y ocuparse de que nadie vuelva a su casa con hambre cuando cae la tarde, como nos presenta el evangelio de este domingo. Y le propone a sus discípulos, - y también a nosotros,- entrar en ese mismo dinamismo de compasión que no queda atrapada en el propio dolor, sino que ve, se conmueve, y se encarga del sufrimiento de los demás.

Hay un dato no menor de la escena. Jesús manda a la gente recostarse sobre el pasto para comer. Ese gesto dice más que una postura exterior: le recuerda a este pueblo que no es solo destinatario de la limosna que los poderosos quieren darle: son hombres y mujeres libres que celebran un banquete, y que también tienen panes para compartir. Así, aún desde su pobreza, alcanza y sobra para todos.

La compasión de Jesús hace posible que se multiplique la capacidad de reconocernos hermanos. Nos ayuda a descubrir el pan que somos y que estamos invitados a compartir, para saciar tantas hambres de nuestro mundo: la del alimento, pero también de dignidad, de consuelo, de escucha, de justicia y de esperanza.

Cuando tenemos ante nuestros ojos las imágenes de miles y miles de jóvenes migrantes que cruzaron a las costas de España en estos días, hambrientos de tantas formas de vida, seguramente nos vuelve la pregunta sobre qué podremos hacer con unos pocos panes y peces. Que el Espíritu nos introduzca siempre un poco más en la dinámica de la compasión en la que vivió Jesús, para que allí donde estemos, seamos capaces de hacernos pan que se comparte.



Carina Furlotti